

UNA DOCTRINA SOCIAL para la era digital



Rowan Simpson / Unsplash

LA Doctrina Social de la Iglesia tiene una novedad importante entre manos. La primera encíclica del papa León XIV, *Magnifica humanitas*, abre una etapa nueva para pensar cristianamente los grandes desafíos sociales de nuestro tiempo. No estamos ante un documento menor ni ante una reflexión añadida sobre una cuestión de moda. La inteligencia artificial, los datos, los algoritmos, las plataformas digitales y la automatización han entrado ya en el corazón de la vida social. Por eso también deben entrar en el corazón del discernimiento social de la Iglesia.

La encíclica tiene una primera aportación fundamental: recuerda que la Doctrina Social de la Iglesia no es un cuerpo cerrado, acabado, inmóvil. No es un repertorio de respuestas preparadas para aplicar mecánicamente a cualquier situación. Es una tradición viva, un modo creyente de leer la realidad, de escuchar los signos de los tiempos y de orientar la acción desde el Evangelio, la dignidad humana, el bien común, la justicia y la opción por las personas más vulnerables.

Esto es importante porque a veces corremos el riesgo de utilizar la DSI como si fuera un manual de princi-

pios abstractos. Pero la realidad no se deja encerrar tan fácilmente. Cada época plantea preguntas nuevas. La revolución industrial obligó a la Iglesia a mirar de frente la cuestión obrera. Hoy, la revolución digital obliga a mirar de frente una nueva concentración de poder: quien controla los datos, los algoritmos, las infraestructuras tecnológicas y las plataformas controla también buena parte de las oportunidades, de la información, de la reputación, del trabajo y de la libertad de las personas.

Por eso la encíclica no presenta la inteligencia artificial como un apéndice temático sino como una transformación que interpela desde dentro las categorías clásicas de la Doctrina Social. No basta con decir que la tecnología debe usarse bien. Hay que preguntarse quién la diseña, quién la posee, quién decide sus fines, qué sesgos incorpora, qué intereses sirve, qué vidas facilita y qué vidas deja al margen. La IA nunca es un hecho puramente técnico. Toda tecnología lleva dentro decisiones humanas, prioridades, modelos de sociedad y, muchas veces, intereses económicos y políticos muy concretos.

Una de las claves más sugerentes del texto es la actualización del principio del destino universal de los

bienes. Tradicionalmente lo hemos aplicado a la tierra, los recursos, la propiedad o la riqueza. Ahora debemos aplicarlo también al mundo digital. Patentes, algoritmos, plataformas, infraestructuras tecnológicas y datos no pueden quedar fuera de esta reflexión. Si son bienes que condicionan la vida común, no pueden quedar sometidos únicamente a la lógica de la propiedad privada, del mercado o de la competencia geopolítica.

La encíclica también amplía la reflexión social hacia la verdad como bien común. En una cultura atravesada por la desinformación, la polarización, la manipulación emocional y la producción automática de contenidos, la verdad deja de ser solo un problema intelectual. Es una cuestión social, democrática y espiritual. Sin una búsqueda compartida de la verdad de los hechos, se deteriora la convivencia, se debilita la democracia y se rompe la confianza básica que sostiene una comunidad.

Otro campo especialmente delicado es el trabajo. La automatización no solo cambia tareas; cambia relaciones, seguridades, capacidades, derechos y formas de participación. La DSI no puede limitarse a repetir las respuestas que nacieron tras la *Rerum novarum*. Siguen siendo necesarias asociaciones, sindicatos, cooperativas y formas de protección social, pero ya no bastan por sí solas. Hacen falta nuevos consensos, nuevas garantías, procesos reales de recualificación y una participación efectiva de las personas trabajadoras en las decisiones que transforman su vida laboral.

**La Iglesia no entra en este debate
para hablar de máquinas,
sino para impedir
que el futuro se construya contra
la dignidad humana.**

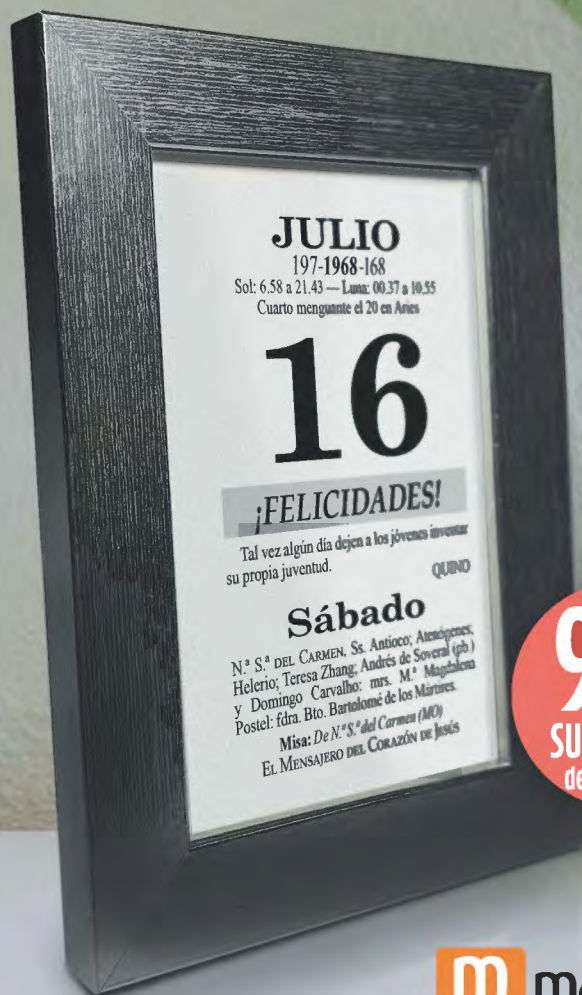
En síntesis, *Magnífica humanitas* abre una etapa de Doctrina Social para la era digital. No demoniza la tecnología, pero tampoco se deja fascinar ingenuamente por ella. Su pregunta de fondo es sencilla y radical: si todo esto aumenta nuestro poder ¿aumenta también nuestra humanidad?

Ahí está el núcleo del asunto. La Iglesia no entra en este debate para hablar de máquinas, sino para defender a las personas. No para frenar el futuro, sino para impedir que el futuro se construya contra la dignidad humana. Y esa será una de las grandes tareas de la DSI en los próximos años: ayudar a discernir qué progreso merece realmente llamarse humano.

EDUARDO ESCOBÉS ■

Una fecha para enmarcar...

Hoja del Taco personalizada



9,95€
por ser
SUScriptor
de Mensajero



Mensajero

Díganos qué fecha y dedicatoria desea

■ por correo: pedidos@gcloyola.com ■ por teléfono: 94 447 03 58